

Cuando supo las prendas que adornaban á Alonso de Ojeda facilitó su fuga, y de este modo pudo el desdichado amante volver al seno de sus amigos y de sus protectores, que le lloraban como muerto.

Se habia obrado un gran cambio en su existencia. No creia en el amor, y con un secreto deseo, con el de morir cuanto ántes, se lanzaba á los mayores peligros.

La suerte le protegió; salió triunfante en todas las luchas en que tomó parte; la gloria le sonrió, y el amor á la gloria alejó de su alma el deseo de morir.

Poco dejó en él el espíritu caballeresco y aventurero, la sed de dificultades que vencer, y natural era que habiendo llegado una época de ócio para los guerreros, al ver que se trataba en el Nuevo-Mundo de conquistar ricos países y difundir la fé catolica entre una raza idólatra, y al comprender desde luego todos los riesgos que podian correr en una navegacion tan larga, desease acompañar á Colon.

El almirante tenia noticia de él, y le acogió con los brazos abiertos.

—Hombres como vos son los que yo necesito: valientes con los valientes; generosos con los débiles. Contad conmigo para todo.

Alonso de Ojeda, que habia logrado del duque de Medinaceli, su protector, que le permitiese ir en la expedicion, no se separó desde entonces del almirante, y ardia en deseos de emprender cuanto antes la marcha.

Conozcamos ahora á Américo Vespucio.

Capitulo XXXI

Américo Vespucio.

Vamos á trasladar á nuestros lectores á la ciudad de Florencia, y á entrar con ellos en una casa de modesto aspecto en una tarde del mes de Julio del año 1481.

Una mujer de cincuenta años, con todo el aspecto de una matrona, se entrega á las faenas de la casa, suspende sus tareas para consultar á un fraile de venerable rostro que saluda á la buena mujer, diciéndole:

—Dios sea con nosotros, mi querida Isabel.

—¿Vos por aquí, padre Jorge?—exclamó la aludida;—¿á qué se debe vuestra visita?

—Salgo ahora mismo del palacio de los Médicis de dar la acostumbrada leccion de latinidad á Rugiero, el hijo menor del duque.

—¿Y venis á que os sirvan un refrigerio?

—¿No, hija mia, no; vengo á darte noticia que de seguro te pondrá de mal humor.

—¿Pues qué pasa?

—El duque me ha llamado esta tarde y me ha enseñado una carta que ha recibido de España.

—¿Se trata de alguna diablura de mi hijo Paolo?

—Lo has adivinado.

—¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! Va á matarnos á pesadumbres. Hablad, hablad, padre Jorge, ya sabéis que, aunque soy su madre y le quiero con toda mi alma, conozco sus defectos y estoy siempre dispuesta á reprenderle.

—Ya sabéis que los duques comercian con España y que, gracias á sus ruegos, hemos dado una colocacion á Paolo en la factoría de Sevilla. Creimos todos que al alejarle de vuestro lado, al viajar, mudaría de costumbres y sacrificaría su viveza, su carácter atolondrado, á la esperanza de un porvenir risueño en casa de los duques; pero, por lo visto, al partir de Florencia iba resuelto á vivir alegremente, á trabajar lo ménos posible y á continuar sus locuras. El administrador general del duque ha procurado atarle corto; pero no pudiendo hacer carrera de él, ha roto el silencio, y ha escrito á su amo dándole cuenta de las pérdidas y desgracias que la insensatez de Paolo ha ocasionado. El duque, que me quiere en extremo, que sabe cuán honrado es mi hermano Atanasio, cuán buena, cuán cariñosa eres tú, siente en extremo tener que privarse de los servicios de Paolo; pero no

habrá remedio. Si persiste en la conducta que está observando, yo mismo seré el que le aconseje que le ponga en la calle y que le haga venir á Florencia, para enviarle á las galeras á que reme y aprenda á ser hombre de bien.

El fraile calló.

Hubo una breve pausa.

—Pobre, hijo mio,—dijo Isabel enjugando las lágrimas que asomaban á sus ojos,—veo que teneis razon y que si nose enmienda me parece conveniente, ántes de que cometa una torpeza mayor que las que ha cometido hasta ahora, ser nosotros los que pidamos al señor duque que le eche de su lado; es la deshonra de la familia.

—Madre, madre,—entró gritando en la habitacion donde estaban Isabel y el padre Jorge, un jóven de veinte á veintidos años, de hermoso rostro, de vivos ojos, de aspecto inteligente.

Pero al notar que la buena mujer tenia inundados los ojos de lágrimas.

—¿Qué os pasa, madre mia?—preguntó...—Sentaos vos, padre Jorge.

El fraile refirió á Américo, que este era el nombre del recién llegado, lo que acababa de contar á su madre.

—¿Quereis entrar conmigo en una conspiracion?—dijo á su madre y á su tio.

—¿Qué dices, muchacho?—preguntó el fraile.

—Oidme con atencion. He cumplido hace poco veinte años, amo á mi familia y deseo labrar su feli-

ciudad. Mi hermano Paolo no quiere trabajar: pues bien; pedid conmigo al duque que me conceda á mí la plaza que él desempeña y yo iré á España á demostrarle que la familia de los Vespuci sabe cumplir todos sus deberes. Ya sabeis que mi hermano quiere ser militar: yo destinaré de lo que gane una parte para ayudarle á realizar su deseo. Tal vez halle en esa profesion honra y gloria para su nombre.

—Para que sucumba en ella como tu pobre hermano Luigi, á quien aún no he olvidado.

—No, madre mia, no; mi hermano es valiente, es atrevido, tiene buen corazon y se verá contrariado siempre dedicándose al comercio.

—¿Y qué habíamos de hacer? Nuestra familia es noble, pero la desgracia nos persigue desde hace tiempo y somos pobres. Vuestro padre trabaja noche y dia para sostener su casa, justo era que tu hermano le ayudase.

—Y por qué no yó?

—Tu desde niño has demostrado gran aficion á la pintura, eres el menor de la casa, y tanto tu padre como yo hemos querido darte gusto.

—Pues bien, para dármele es preciso que me ayudeis á realizar mi empresa. Yo necesito horizontes nuevos, más expansion que la que tengo aquí. No sé por qué presiento que la fortuna ha de ayudarme ahora á conquistarme la posicion en que pueda demostrar mi fé, mi voluntad, la inteligencia que Dios me ha dado, y yo os prometo que no os arrepentireis de este beneficio.

Hablaba con tal conviccion que el padre Jorge

—Es necesario que le demos gusto,—dijo á su cuñada Isabel.

—Mi padre,—añadió Américo,—no consentiria nunca que yo me alejase. Hacedle creer que el duque lo ha exigido así y entonces me dará su permiso y su bendicion.

—Pues voy ahora mismo á ver al duque para manifestarle tus deseos.

Y mirando á Isabel

—¿No teneis nada que decirme?

—El lo quiere!—añadió la pobre madre.

Aquella misma noche, al retirarse á casa el jefe de la familia, supo la determinacion que habia tomado el duque de Médicis, y aunque no sin trabajo se conformó con ella.

Ocho dias despues se embarcaba con direccion á Sevilla un jóven que más tarde debia dar su nombre á una parte del mundo.

Era Amérigo, ó Américo Vespucio, como le llama la historia.

Dotado de buenos sentimientos, dominado por una sed de emociones, sin haber experimentado más deseo que el de la ambicion, se desprendió de los brazos de su madre y cruzando las espumosas ondas del mar, llegó á Sevilla á reemplazar á su hermano que, con su dejadez y su desordenada vida, avergonzaba á su familia.

No tardó el jóven en demostrar su inteligencia y su laboriosidad, aumentando en breve tiempo las ga-

nancias de su amo, que por entonces no se desdeñaba, á pesar de ser el jefe de una de las principales familias de Florencia, de desempeñar en grande escala el oficio de comerciante en casi todos los puertos más ricos y frecuentados del mundo conocido.

Américo Vespucio habia recibido una educacion esmerada bajo la direccion de su tío el Padre Jorge, y gracias á esto y á sus cualidades personales, no tardó en captarse las simpatías del administrador ó superintendente general que tenia el duque de Médicis en Sevilla, de tal manera que á los pocos dias de hallarse á su lado le puso al frente de las transacciones comerciales que ejecutaba siempre con gran beneficio de la casa.

Una pasion desgraciada llenó los mejores dias de su juventud.

Su jefe, Alonso Orlini, estaba unido con una mujer cuya edad doblaba.

Esperanza, que este era su nombre, era hija de unos aldeanos de las cercanías de Florencia que habian tenido en arrendamiento algunos bienes del que más tarde fué su hijo.

Prendado de su hermosura, de su talento, no vaciló en darle la mano de esposa, y ella, más que por amor por gratitud, le sacrificó su vida prometiéndose siempre ser un modelo de fidelidad y cariño.

Al encargarse de los negocios comerciales del duque de Médicis en España, la llevó en su compañía, y con ella habitaba en Sevilla, cuando llegó Américo Vespucio á reemplazar á su hermano.

La inteligencia, la laboriosidad del jóven le conquistaron el aprecio de su jefe, y éste no vaciló en abrirle su casa y considerarle en ella más que como un subordinado, como un compatriota, como un amigo.

Américo Vespucio estaba en todo el apogeo de su juventud!

Sus negros ojos, brillantes, revelaban, el temple de su alma.

Esperanza no tardó en fijar su atencion y en inspirarle una pasion violenta.

Tarde ó temprano sucede esto á los que cobran en sacrificios de gratitud los favores que han dispensado.

Américo no habia dicho una sola palabra á Esperanza.

Tampoco la jóven esposa le habia demostrado el sentimiento de su alma, y sin embargo, los dos se habian comprendido.

Evitaban las ocasiones de verse, y la casualidad hacia que fuesen más frecuentes que nunca.

Don Alfonso, que estaba prendado de la laboriosidad, de la inteligencia, de las cualidades especiales que adornaban á Américo, se complacia en tenerle á su lado, y no daba una sola fiesta á que no le invitase.

Sentábase á su mesa á menudo, obligábase á pasar en su compañía y en la de su esposa las veladas, y cuando las obligaciones de su empleo le obligaban á partir á alguno de los puertos inmediatos, dejábase encargado de su casa.

Don Alfonso observó que Esperanza estaba muy desmejorada.

Era natural.

Sufria mucho.

Dotada de un alma generosa, apasionada, mientras que el sentimiento de la gratitud la habia tenido resignada con su suerte, cariñosa con su esposo, habia vivido feliz, porque no comprendia un más allá.

Pero desde el momento en que la ardiente mirada del jóven florentino habia inundado su corazon; desde el momento en que su imaginacion le habia ofrecido goces supremos que no habia disfrutado, una terrible lucha se habia trabado en su alma: la gratitud y el amor.

El deber y la pasion combatian en ella de tal modo, con tal violencia, que el color habia huido de sus mejillas, la fiebre latia en sus venas y la desesperacion se habia apoderado de su alma.

Don Alfonso atribuyó aquella tristeza, aquel mal-estar al recuerdo de su patria, al deseo de volver á ella á pasar algun tiempo con suspadres, y deseando complacerla, la propuso un viaje á Florencia.

Esperanza aceptó la proposicion.

Aquello era un refugio.

Los dos partieron, y Américo experimentó tambien una inmensa alegría, porque pensaba que la ausencia mitigaria su amor.

Don Alfonso le puso al frente de todos los negocios de la casa, y partió prometiéndole volver enseguida.

Américo no faltó un solo instante á la confianza que habia depositado en él.

Activo, laborioso, multiplicándose en todas las ocasiones, pudo á su vuelta demostrarle que no se habia engañado al formar de él la ventajosa opinion que tenia.

Pero ¡ay! en vano habia procurado el jóven dominar su pasion.

Un poeta lo ha dicho:

Es amor en la ausencia
como la sombra,
y cuanto más se aleja,
mas cuerpo toma;
que amor es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

Quería, pues, separar su recuerdo de su imaginacion y no podia.

Deseaba borrar de los ojos de su alma la imágen de Esperanza, y la veía más hermosa que nunca.

A cada instante resonaba su acento en su oido.

La pasion aumentaba por momentos, y como el torrente, amenazaba avasallar cuanto encontraba en su camino.

Lo mismo sucedía á Esperanza.

Pero uno y otro estaban resueltos á vencerse á toda costa, á dominar la pasion que ardía en su pecho, á resistir á todas las seducciones de la tentacion.

Una triste noticia comunicada á don Alfonso des-

de Florencia le obligó á llamar á Américo para confiársela.

--Es necesario que partais hoy mismo para Florencia,—le dijo.

--¡Yo, señor!—exclamó asustado Américo.... ¿por qué causa?

--Por una muy dolorosa, pero confio en que tendreis valor para soportar la desgracia que pesa sobre vos.

--Hablad, hablad.

--Vuestra madre....

--¿Está enferma?

--Valor, amigo mio, lo está, si, lo está de gravedad y desea veros.

En aquel momento olvidó Américo Vespuccio su pasion, y agradeciendo á don Alfonso el permiso que le daba, aprovechó la próxima salida de una embarcacion para trasladarse á su pátria.

Cuando llegó era tarde.

Su madre habia espirado.

Su anciano padre fué hospedado por el duque de Médicis en su palacio, con el propósito de que acabara allí, bajo su amparo, el resto de sus dias.

En medio de su dolor no olvidaba el jóven á Esperanza.

Próximo á regresar á Sevilla, recibió un mensaje de don Alfonso.

«Id á la aldea donde habita mi esposa,—le decia,—poneos á sus órdenes y acompañadla hasta mi lado.»

Aquel papel abrasó las manos de Américo.

La fatalidad le perseguia.

¿Cómo podia negarse á obedecer aquella orden?

Y si la obedecia, ¿dónde hallaria fuerzas suficientes para resistir á la ocasion?

Esperanza recibió tambien una carta en la que le comunicaba su esposo sus deseos.

Despues de vacilar mucho tiempo, comprendió Américo que no tenia más remedio que obedecer, y dirigiéndose á la aldea donde estaba Esperanza, se puso á su servicio.

Involuntariamente, al verse los dos, se estrecharon la mano.

No podian decirse más de lo que se dijeron en aquel momento, y, sin embargo, separándose instantáneamente, tomaron, ella la actitud de la señora: él la del siervo.

La reflexion dominó á la pasion.